

SUMMERTIME BLUES

Aunque ya el verano va achicando sus atardeceres, es tiempo todavía para las lecturas estivales de título inequívoco. He aquí uno largo y sonoro: *Nada sabe tan dulce como la boca del verano*, de Guillermo Busutil. El verano, como demuestran estos relatos, siempre tiene algo de frontera, de muda del recuerdo.

JUAN CARLOS PALMA

“E”L sol sobre los colores gauquín humanizados en las trazas de cóctel y el espejismo de una navidad adornando las calles de espumillón y muérdago. Bajo sus ramas, la gente pasa risueña o esquila al imaginar, cuando se cruzan con alguien, que hay un beso sin pareja a punto de elegir a dos desconocidos”. Sirva este fragmento del relato titulado “Beach Stone L-40” para ilustrar la atmósfera que nutre el nuevo libro de relatos del consumado especialista Guillermo Busutil (Granada, 1961), autor entre otros de *Individuos S.A.* y *Drugstore*, una atmósfera donde el verano actúa como resorte de la nostalgia y el amor, o quizá deberíamos decir mejor el sexo, juega un papel preponderante y dinamizador en la narración.

Las palabras del autor se revelan nuevamente idóneas: “En la vida de cada uno, siempre hay un verano para cambiar de piel, encontrarse de nuevo o contar, con palabras suaves, lo que fuimos o lo que será tal vez”. Los personajes de este libro, publicado bajo el amparo de una pequeña editorial de escogido catálogo, resbalan siempre por la cornisa del recuerdo (aquella radio que nos ata a la imagen paterna, aquella chica con la que nos hicimos hombres en medio del bosque, ese primo con síndrome de Down que nos robó parte de nuestra vida pero que también nos dio los mejores recuerdos, esos cuadros que nunca pintaremos...) para caer rendidos ante la fugacidad de la vida, ante el inevitable futuro que asoma tras el primer recodo.

Pero los cuentos de Busutil son también pequeñas y emotivas odas a la ilusión y a la felicidad, que se esfuman por arte de magia con la misma rapidez que vinieron, caso que ilustra de manera ejemplar “World woman love”, en el que un trabajador de suelo más bien miserable decide arriesgar lo poco que tiene presentándose a un concurso de televisión con diversas identidades para ganar el millonario premio que le permita disfrutar de la vida que siempre soñó al lado de un amor conquistado en el ciberespacio. Esta magnífica pieza contiene además un guiño –ignoro si intencionado o no y, por ende, si es autobiográfico– para



Paseo a la orilla del mar, de Joaquín Sorolla.

los concursantes de certámenes literarios en la figura de ese personaje anónimo que rebana con una simple llamada la alegría del efímero ganador.

Los relatos del autor de *Marrón glacé* –incluido en algunas de las últimas antologías de especialistas en el género–, cuyos títulos bien podrían serlo de canciones de un álbum de estilo ecléctico –y su número, 11, me reafirman en esta idea–, se caracterizan también por ese ingrediente poético que, en ocasiones, parece imponerse sobre el plato resultante, caso, por ejemplo, de “Punta mujeres”, y participan en todo momento de un regusto azucarado, sin llegar a lo meloso, que deja en el lector un agradable sabor de boca. No sería justo tampoco hablar de perdedores, si acaso de personajes que arrastran cierta frustración que, en la mayoría de las ocasiones, acaba sofocándose a través de un pequeño gesto que no parecía requerir tanto esfuerzo, caso de la pareja estancada en la rutina sexual de “Melville”, el escalador de edificios de



• 140 págs.
• 10 €

Nada sabe tan dulce como la boca del verano

GUILLERMO BUSUTIL

• Ediciones De Aquí

“Grimper” o los artistas bohemios de “Iguana”.

Otra de las características más evidentes de *Nada sabe tan bien...* es el gusto por lo cosmopolita, por la desubicación geográfica y temporal. Casi todos los cuentos transcurren en un lugar indeterminado, que podría ser algún país sudamericano, pero también el nuestro, y otros declaran abiertamente esa intención, como “Coraline”, ambientado en Holanda. Prima también lo exótico y el arrabal, los nombres sonoros y sugerentes de espacios y personajes. No se hace muy difícil ver explícitos homenajes en los títulos de algunos cuentos, y en protagonistas llamados Conrad, Lelouch, Ezra, María George Sand, Enrique Gable, Greta o María Crusoé. Muchos de ellos delatan las fuentes literarias y cinematográficas de las que ha bebido Busutil a lo largo de los años, fuentes que también quedan expuestas en algunos pasajes narrativos y en ese gusto por el detalle pintoresco: “La encajada geometría con el azul egoe de sus puertas y ventanas. Palmeras erguidas en cada una de las pequeñas viviendas escalonándose por la falda de la montaña, igual que si cada casa fuese una isla mirando al mar...”

Como suele suceder en buena parte de los libros de cuentos, no todas las piezas rayan a la misma altura, pero todas tienen algún atractivo –una idea potencialmente interesante, un ramalazo lírico, ese sentimiento de permanente nostalgia...– que hace que no desmerezcan en el conjunto. Sólo me resta agradecer el esforzado empeño de algunas pequeñas editoriales por el sacrificado género del relato corto y a Guillermo Busutil por perseverar en esa enconada lucha contra la novela, esa niña mimada de nuestra narrativa. ■